La historia de la filosofía moderna y contemporánea. Pragmatismo. María Josefa Cordero. Emisión 6 de mayo de 1980. Pragmatismo. El personaje eminente del pragmatismo es Peirce, que cobra en el ámbito anglosajón de nuestro siglo una importancia extraordinaria como pensador que atacó de rato.

raíz los problemas centrales lógicos y semánticos, fundamentales para los teóricos de la ciencia y, en general, para el neopositivismo. En relación con este impacto del pragmatismo y sobre todo de Peirce en las corrientes neopositivistas y los planteamientos poperianos, vamos a comentar muy brevemente algunas de las ideas que más resonancia han obtenido en aspectos polémicos actuales sobre la racionalidad científica y su incidencia social. Considerando que la lectura que está seleccionada para la segunda prueba personal es mi alegato en favor del pragmatismo de Peirce, se puede esperar que nuestros oyentes cuenten ya con alguna información sobre el pensamiento del filósofo. Dos facetas del conocimiento humano ocuparon preferentemente el quehacer de Peirce, la logicidad de la reflexión y sus expresiones o juicios, y la de la reflexión de la reflexión. Y el método indicado para adquirir un saber científico.

científico bien diferenciable de cualquier otro. Respecto al primer punto, su preocupación recayó no sólo sobre la forma, sino también sobre los significados de las proposiciones. Resumiendo este aspecto, hay que recordar que en su teoría el significado de cada juicio, y precisamente en eso reside el pragmatismo de la concepción de Peirce, consiste en reforzar una regla práctica expresable en forma de proposición condicional que posee su término final en el modo imperativo, de tal manera que el sentido de cada enunciado esté contenido en nuestros comportamientos prácticos. Para él, el significado de un juicio se agota por completo en sus consecuencias prácticas, y sólo en el mundo empírico logramos averiguar la verdadera significación de lo que aceptamos. Así, muchas disputas teológicas y metafísicas se han convertido en un problema de la vida

físicas se revelan desprovistas de sentido y sin valor semántico. El mundo, afirma Peirce, no comporta misterios, plantea problemas a resolver y el criterio para ello es la práctica científica. Lo que desde un punto de vista contemporáneo subyace a las propuestas de Peirce es la idea de gran interés de incluir en el análisis del lenguaje la dimensión práctica. En la segunda faceta, la cuestión que en primer lugar preocupa a Peirce es deslindar la duda real, la que surge espontáneamente y suscita la necesidad de clarificación sobre lo que opinamos y creemos, de la duda metódica, manifiestamente cartesiana, que él considera una duda ficticia, una duda ad hoc o sostenida artificialmente para obtener las famosas ideas claras y distintas. Activado por la verdadera duda desasosegante, el mundo, afirma Peirce, no comporta misterios, plantea problemas a resolver y el criterio para ello es la práctica científica.

creencias que satisfagan nuestros deseos mediante conductas apropiadas. En segundo lugar, en la medida en que esa duda, la espontánea y aguda, pone en crisis nuestras creencias, se pregunta a Peirce cómo encauzar la investigación sobre nuestras opiniones de modo que obtengamos nuevas creencias que estirpen el aguijón de la duda. Y entonces se interesa vivamente por los métodos de investigación y pesquisa que puedan conducir a otras creencias indubitables, aunque no vayan a ser eternas, imperecederas, ni por supuesto dogmáticas, sino evidencias positivas que puedan ser admitidas por todos los hombres. Su elección está de parte del que llama método científico, entre cuatro que

describe, como son el método tenaz, el método autoritario, el método de armonía con las causas naturales, también estimado como apriorístico y metafísico.

adoptado por Platón, Descartes, Kant, Hegel, según Peirce, o en términos generales por toda la filosofía que puede inscribirse en la rúbrica del racionalismo fuerte, más o menos idealista. Se distingue principalmente el método científico de los demás en que es el único método susceptible de un uso correcto o incorrecto. Los otros métodos, según los supuestos que le son propios, no pueden ser nunca empleados erróneamente. Aquí tenemos un claro antecedente de la teoría de la falibilidad de la ciencia y la prueba de falsación elaboradas por Popper. El método científico de Peirce conlleva reglas de su propio seguimiento o aplicación. Sin estas reglas no se entiende. Si estas reglas no se atienden, cabe que la investigación... ...se introduzca malos razonamientos junto a buenos razonamientos.

distinguir estos razonamientos no es externo al método, no puede ser aleatorio, sino que está implicado y es inherente al propio método como fundamento práctico de la lógica que lo vertebra precisamente como científico. En el caso de los otros métodos, los criterios para contrastar los resultados obtenidos por el mismo en la investigación eran ajenos y arbitrarios respecto del método mismo o de otro modo la aplicación de otro método que el científico es independiente y permanece aparte de la clase de resultados que se obtengan por su intervención. También nada pueden tener que ver los métodos no científicos con la bondad o maldad de los razonamientos que cundan en la pesquisa que los usa. Un método de autoridad, por ejemplo, salva su integridad incluso cuando los resultados a que conducen sus teorías se muestren contrarios a la lógica y hasta al sentido de la teoría. En el caso de los resultados no científicos, los criterios para contrastar los resultados obtenidos por el mismo en la investigación eran ajenos y arbitrarios respecto del método común. Piénsese que los avatares contradictorios sufridos por las ideas sobre la teoría de la

el geocentrismo, nunca tentaron contra el método de autoridad que las producía. Este método escapa al naufragio de sus hipótesis más llamativas y obcecadamente defendidas y se mantiene impertérrito hasta hoy sobre muchas cuestiones vitales. Una vez presente el método científico, ¿cómo es que perduran los demás no científicos? Si son tan patentes sus propiedades para la investigación. Peirce afirma que cada método ostenta su peculiar ventaja. Así dice que el método apriorístico ofrece conclusiones confortables que acallan eventualmente nuestras difíciles preguntas últimas, mientras no sobreviene ninguna evidencia en contra o los hechos brutos no se nos echan encima. Solo después de auténticas conmociones culturales, los hombres pueden pasar a buscar que sus opiniones coincidan con los hechos reales. Lo cual es mucho más que la adopción de unas opiniones intelectuales, porque es una

decisión que marca la directriz misma de la propia vida, como un conjunto de prácticas para vivirla. Una vez que se admite que hay una cosa tal como la verdad y que se distingue de la falsedad, no sólo empiezan a cambiar los hábitos mentales, sino además toda la conducta humana se ve involucrada en cuanto que tomamos como patrón la verdad conseguida y la práctica moral se transforma en conexión con la intelectual si no queremos introducir en el quehacer humano una excisión muy peligrosa. Hasta ese punto el pragmatismo americano de comienzos de siglo rinde admiración a la conciencia lógica, al método científico lógico, que alboreaba entonces como una senda segura y definitiva. En su tiempo no fue Peirce

bien conocido, incluso un brillante discípulo suyo, William James, contribuyó a confundir la opinión intelectual de la época. El interés por su filosofía y por su obra científica data, como ya hemos dicho, de época

reciente y se debe a la importancia que llegó a alcanzar el neopositivismo lógico a partir del círculo de Viena. El neopositivismo lógico encontró en Peirce un pionero entusiasta por más que lúcido al que recordará en sus polémicas aún recientes, precisamente cuando ese método científico y aquella racionalidad lógica comienzan a quedarse estrechos y alcanzan ciertas limitaciones. Me refiero a la disputa en el congreso celebrado en Tubinga el año 1961 entre farfurcianos o críticos de lo social y los neopositivistas teóricos del racionalismo crítico, concretamente representados los primeros por Adorno y los segundos por Karl Popper. Lo que en definitiva se enfrentó en el conocido debate fue un racionalismo popperiano de corte neopositivista y neopragmatista inmanentemente lógico formal contra una concepción de la política de la sociedad. La teoría social como contenidos que

implican a su propia ciencia y a la ciencia en general, o con lo cual la ciencia no es objetiva y desprovista de juicios de valor e ideología, que es a lo que aspiran los positivistas, sino un conocimiento que media el proceso real de la vida y hunde sus raíces en él. En este sentido, la ciencia no es autónoma y participa del principio de sí-contradicción y, por tanto, tiene que ver con la dialéctica, polémica que, como se ve, divide y confronta lo que Peirce dio apresuradamente como tranquilo continuo entre razón intelectual y razón práctica sin complicaciones. Lo cierto es que Popperianos y Frankfurtianos rivalizaron en argumentos opuestos, en controversias acerca de proposiciones científicas y su significación sobre su legalidad e independencia o no de lo subjetivo, sin resolver los problemas de la ciencia. Por el contrario, fueron más las cuestiones que quedaron abiertas después de la guerra.

pues del combate teórico, que antes. En el resumen que de los resultados del Congreso facilitó Darendorf, se acaba por señalar lo irreductible de las dos posturas que propiamente se estaban produciendo sobre un núcleo común. La de Popper, que se autorreconoció como optimista y minimalista, que se proclamó viejo ilustrado y liberal, y desde luego prehegeliano, para reclamar la vuelta a la beligerancia entre el dualismo del ser y el debe ser, dualismo eliminado por la dialéctica idealista, y la de Adorno, que fue tachado de pesimista, de mantener posturas premarcistas, y también como Popper, de vincular a la ciencia social posiciones y principios morales de relevancia política. Con lo cual, y a fin de cuentas, el continuismo interactivo entre acción intelectual y accionista, en moral, presentado simplistamente por el presidente de la República,

por Peirce como de facto y sin trastienda fue reintroducido de otra manera o de manera muy polémica y marcando sus conexiones como eminentemente problemáticas por los ponentes de Tubinga. Analizando Habermas las dificultades neopositivistas para contrastar empíricamente las teorías que se formulan mediante expresiones o enunciados universales y cuya significación pide aclararse a través de verificación por la experiencia, piensa que no es casualidad que Popper, el autor de alternativas útiles en la teoría general de la falsación, haga objeciones lógicas contra la interpretación ingenua de los enunciados de base y venga a coincidir con las objeciones pragmáticas de Peirce sobre la certidumbre sensible. Lo que Peirce puso en relación, dice Habermas, es un conocimiento empírico presistemático

que fragua formas ya de apercepción prendidas en una red de preentendidos y coimaginaciones en la que siempre vienen a dar hasta las más simples sensaciones, con la estabilización de un comportamiento controlado con éxito del que cabe tener regularmente una expectativa en el sentido de cambio de unos hábitos de comportamiento mental. Desde Hume el empirismo había saldado frecuentemente sus cuentas entre hábitos mentales y hábitos morales con un resultado muy cercano al escepticismo, con el análisis de la percepción que opera y es inherente a sistemas de acción hecho por Peirce y que prosiguió desde otros campos y con otros propósitos adorno, se pone de manifiesto que un empirismo crudo o una experiencia originaria de un inmediato evidente son imposibles.

Esto es, cualquier experiencia viene determinada y precedida por lo heredado como instrumental fisiológico básico, por lo inicialmente aprendido. Viene anticipada de alguna manera por el horizonte de las posibilidades albergadas en la cultura y la sociedad en que se efectúa la experiencia. Es más, se produce complicada sutilmente en los sueños y temores del sujeto experimentador. O, lo que es lo mismo, desde distintos puntos de vista, incluido el del fundador del pragmatismo, queda en entredicho la existencia de una ciencia completamente autónoma, libre de cualquier influencia y control social, libre de mediación, así como la de un empirismo puro. El problema de las relaciones... ...y conexiones más o menos profundas entre ciencia y sociedad, tanto como la interacción entre hábitos intelectuales...

y hábitos morales está lejos de presentarse resuelto.